

LA CENSURA EN LAS EXPOSICIONES ARTÍSTICAS. HERIDAS DE LA DEMOCRACIA

José Manuel Lens
Universidade de Santiago de Compostela

Analizar la censura en el arte conlleva investigar no sólo sus mecanismos de actuación, de control, sino también conciliar la situación de los afectados, desnudar el rostro de los censores y centrar los posibles diagnósticos de crítica y denuncia. La censura se presenta como aquel proceso por el cual personas establecidas en el poder suprimen información, tratando de ocultar imágenes, sonidos o palabras, con la única intención de imponer una moral oficial, y con el pretexto educativo de decidir cuáles y qué aspectos deben conocer los ciudadanos; una realidad institucionalizada cuando afecta a las sociedades autoritarias –recordar la exposición *Arte degenerado* de la política de Goebbels, el régimen de Mussolini o el realismo socialista de Stalin– pero desdibujada y complicada cuando se enmarca dentro de regímenes democráticos.

La censura se manifiesta, de esta forma, como uno de los mayores ataques a la libertad del individuo, dentro de la absurda actitud de pensar que ciertos componentes deben ser analizados por filtros de moralidad antes de ser presentados a la sociedad, creyéndose, ciertos poderes, poseedores de una virtud superior, casi divina, de establecer una conducta moral adoptando la tesis de que el ciudadano no está preparado para asimilar cierto tipo de información, imágenes o creaciones artísticas. Los modos de actuación de la censura mudan en la democracia, adoptan máscaras oficiales y posiciones camaleónicas, porque, como asevera Leonel Moura, “en un clima culturalmente conservador tú eres invisible, y en un clima culturalmente liberal eres invisible, pero sólo en cierta manera. Esta situación liberal es muchas veces más problemática que una situación conservadora”, de ahí que en la actualidad la localización de la censura resulte más complicada, al no poseer domicilio institucional, no

pudiendo etiquetar sus modos de prevención, sólo los de actuación.

El repertorio de acciones del censor, lejos de limitarse a actividades artísticas, como las artes plásticas, el teatro, la cinematografía o la literatura, extiende sus tentáculos a otras disciplinas de talante más informativo y por lo tanto de una mayor repercusión pública, como es el periodismo ejercido en la prensa, radio y televisión. El único medio que escapa de esa vigilancia es Internet, por su organización y filosofía, un espacio empleado por multitud de artistas que la convierten en su vehículo de expresión. Internet, aunque presenta un control de exposición, ofrece una apertura mayor de manga, casi infinita, con unos límites que siguen sin establecerse; quizás por ello es el medio más apropiado para que Antoni Muntadas presentara un proyecto ejemplar: *The File Room*, formado por una base de datos donde se recopilan y distribuyen documentos y material gráfico relacionados con la censura artística. Una respuesta informativa y estética a una realidad que muda continuamente de escenarios, prácticas y, sobre todo, de afectados.

En el ámbito concreto de las artes plásticas se han cerrado exposiciones, anulado subvenciones o apoyos financieros, retirado obras de museos o galerías y criticado utilizando los mecanismos de los diversos medios de información al servicio del poder para devaluar y cuestionar determinada propuesta plástica ante la educación de la sociedad; una excusa pedagógica bajo la que se esconden estas actuaciones. Numerosos artistas han sido víctimas de este poder, como Robert Mapplethorpe, Andrés Serrano –con su polémica obra “El Cristo de los Orines”–, Tony Catany, Pepe Espaliú o Rachel Witheread, y proyectos expositivos como *Sensation*, por citar

sólo puntas de iceberg de un amplio panorama lleno de puertas cerradas, con el esparadrapo de las actitudes dictatoriales bajo un techo democrático. Porque son muchos los países que siguen ejerciendo un control sobre aquellas actividades culturales que son consideradas como productos subversivos, que pueden fragmentar su intocable moral oficial, Estados como China, México, Chile o Argelia presentan numerosos ejemplos, que se unen a los llamados países del primer mundo, como Estados Unidos o Gran Bretaña –con la política neoliberal de Margaret Thatcher–, por citar los casos más extremos. En los diferentes sistemas democráticos existe, junto a una política cultural privada estable, una promoción cultural oficial fuertemente instrumentalizada, vehiculizada mediante proyectos, museos y una política de subvenciones o apoyos económicos que desembocan en el correspondiente control de las iniciativas artísticas. Una intervención política quizás más preocupante, por su propia presencia desde la falsedad, que la ejercida bajo regímenes autoritarios.

Entre las obras susceptibles de ser censuradas están aquellas relacionadas con el desnudo del cuerpo humano, el contenido sexual y el empleo de iconografía religiosa, se censura lo que pueda resultar obsceno, pornográfico o deliberadamente viciado de la conducta generalizada. La ironía se centra en las declaraciones de los censores, donde no se trata de privar sino de educar en una moral oficial, perfecta, donde un órgano soberano disponga la vida y obra de sus protegidos, como en el Gran Hermano de George Orwell.

En esta línea de desnudar la censura, de mostrar su cara, traemos a un primer plano dos casos recientes enmarcados en el territorio gallego, dos acciones del poder que se centran en las exposiciones *Sentidos del mirar* de la Galería Bancelos de Vigo y Zhang Huan del Museo das Peregrinacións de Santiago de Compostela. Ejemplos que presentan un desarrollo diferente pero un idéntico resultado: la retirada u ocultación de obras de arte de un proyecto expositivo.

En la muestra colectiva, *Sentidos del mirar* –organizada por el Departamento de Pintura

de la Facultad de Bellas Artes de Pontevedra– participó, entre otros profesores, Jesús Hernández, decano de dicha facultad. Artista que resultó víctima de la censura por el talante de la obra expuesta. El epígrafe de la muestra retrataba esa pluralidad de lenguajes que podíamos descubrir en el interior de la galería, diversas poéticas que delataban una observación limpia, heterogénea. Así lo entendió este autor, con la obra expuesta *La dolorosa*, una pieza formada por cuatro fotografías con autorretratos del artista y otras donde se mostraban primeros planos de falos, junto a formas de escayola ovaladas y rasgadas acompañadas de dibujos eróticos; una instalación que se completaba con la composición *Cempés*, una estructura semicircular de madera con ruedas y un espejo cóncavo orientado al exterior de la galería, donde disponía cuatro fotografías de flores y sexos masculinos. Este tono descriptivo quiere acertar con un mensaje claro: así era la obra de este artista, donde sólo se pretendía cuestionar la conducta sexual establecida, mostrando una dialéctica en torno a la cuestión del género, una reflexión sobre el cuerpo humano. La iniciativa se cegó en su propia intención, al ser censurada, obligando a la retirada de la obra de la exposición debido a las incisivas presiones y acusaciones de irreverencia y escándalo público.

El otro caso presenta, como ya destacamos, la retirada de obras de la muestra de Zhang Huan; un artista que pertenece a esa generación de autores apátridas, que sufrió el poder del control estatal en su país (China), siendo expulsado por sus incisivas declaraciones performativas denunciando la lamentable situación social y política. El proyecto del Museo das Peregrinacións –dependiente de la Consejería de Cultura, Comunicación Social e Turismo de la Xunta de Galicia– plantea diferentes reflexiones en torno a la peregrinación desde ópticas divergentes y amplias, que huyen de lo geográfico para incidir también en lo subjetivo y lo interior. Dentro de las intenciones de Zhang Huan estaba la realización de un peregrinaje a Santiago, acompañado de treinta peregrinos, que adquirió realidad teatral en la Praza da Quintana, en una de las representaciones más ingeniosas que se pudieron ver en los últimos años en el territorio gallego. Desde

su realización se asistió a una cascada de reacciones, partiendo de la Iglesia compostelana, que no tardaron en responder descalificando la acción, condenando las eternas evidencias, como el culto gratuito al cuerpo desnudo y su exposición pública. Una condena que se extendía a la exposición inaugurada en el museo, una selección de excelentes fotografías que testimonian sus diferentes performances, más de diez, realizadas en los últimos años en lugares como China, Holanda o Nueva York; es aquí donde se presencié el mayor grado de censura, con la retirada de dos obras, la fotografía *Made in America* y la instalación con los vídeos que mostraban todas sus performances. Muchos visitantes encontraron las puertas cerradas, sin una excusa pública expuesta, aunque se intuye que fue por el explícito contenido erótico de las obras, donde se distinguían cuerpos desnudos en diferentes actitudes, ninguna de ellas sexual ni pornográfica. Una coartación de información y creatividad por parte del poder político, impropia de un régimen democrático. Las críticas,

lejos de orientarse hacia la acción censora, reflejaron un tono jocosos y destructor de la exposición y la performance, un sarampión de opiniones de los sectores de divulgación periodística que respondió a la orden de persecución moral más que de constructiva crítica artística, desde un total desconocimiento de los valores y lenguajes estéticos.

La censura se presenta como un valor en alza, los que pensaban que se había encontrado la vacuna observan que las cicatrices nunca terminan de cerrarse; como bien lo saben Jesús Hernández, Zhang Huan y los organizadores. Sigue quedando una ventana abierta, condenar estas inspecciones dentro de una democracia vestida de populismo cultural, barato y moralista. El debate que más importa es el que atiende a la libertad del individuo, porque la libertad de expresión forma parte también de nuestro patrimonio artístico, ejercer la censura debe ser siempre denunciado, nada debe ser excusable, porque ataca nuestra posibilidad de pensar y expresar.